



Miguel José Pérez ; Julia Enciso Orellana

**Don Quijote, enseñar para la aventura
(El diálogo, fundamento de la educación)**

(Universidad Complutense)

Así niños y hombres
pasan. El hombre duda.
El viejo sabe. Sólo el niño conoce.
Todos miran correr la cola vívida.

(V. Aleixandre)

I

En su libro Cuentos por teléfono, Gianni Rodari incluye uno que lleva por título «El camino que no iba a ninguna parte». El protagonista, Martín, hace una serie de preguntas a la gente, relativas a averiguar a dónde conduce aquel camino, y todos le dan la misma respuesta:

-¿Aquel camino? No va a ninguna parte.
-¿Y hasta dónde llega?
-No llega a ninguna parte.
-Pero entonces ¿por qué lo hicieron?
-No lo hizo nadie; siempre ha estado ahí.
-Pero ¿no ha ido nunca nadie a ver a dónde va?
-Eres bastante testarudo: ¿no te digo que no va a ninguna parte?
-Si no habéis ido nunca, no podéis saberlo.

(Rodari, 1980, p. 59).

El deseo de indagar, de saber, por sí mismo, y de no conformarse con las respuestas que recibe porque no le convencen, se plantea ya desde el principio en este diálogo. Y es que, a cada una de las respuestas que recibe, el muchacho responde con otra pregunta que deshace con toda la lógica de la razón más elemental la respuesta recibida: ¿hasta dónde llega?, ¿por qué lo hicieron?, ¿nadie va a ver a dónde va? Hasta que al final afirma con una resolución decidida que encierra una firme decisión interior de averiguarlo por sí mismo: Si no habéis ido nunca, no podéis saberlo. Y el muchacho, al que no le molestaba que le llamaran «Martín Testarudo», «continuaba pensando en el camino que no iba a ninguna parte». Esa decidida decisión, y firme, evoca la decisión de don Quijote.

De modo que, cuando creció lo bastante «como para cruzar la calle sin tener que cogerse de la mano de su abuelo», una mañana decidió coger ese camino y ver hasta dónde llegaba. Atraviesa una frondosa espesura, pero «anda que te andarás el camino no terminaba nunca». Un perro le sale al paso y le conduce a una bella mansión donde una hermosa dama le invita a entrar. Allí encuentra salones llenos de tesoros de todo género. La dama le presta un carrito que él llena con todo lo que le apetece y, tirado por el perro, regresa al pueblo donde ya le daban por muerto y reparte todos los tesoros. Muchos se precipitaron «por el camino que no iba a ninguna parte» en busca de más tesoros, pero todos regresaron con la cara larga: para ellos el camino terminaba ante un espeso muro de matorrales y un mar de espinas. No había nada...

Lo que nosotros intentamos valorar, y destacar, en este artículo, es la importancia que tiene el personaje de don Quijote (DQ) en el campo de la educación¹, precisamente porque siempre hemos pensado en lo importante que es la aventura para la realización personal de cada individuo, y, en definitiva, porque solo nos podemos realizar satisfactoriamente andando por nosotros mismos y abriéndonos nuestro propio camino. Y, más que nunca, hoy, que nos están imponiendo la uniformación de ese tan nefasto llamado «pensamiento único». Asimismo, entendemos que el que se aventura elige y se arriesga, porque siente vivo el deseo de curiosidad por todo lo que va apareciendo ante él, como le pasa a DQ -y a los niños-; y, por tanto, aprende a ser crítico, a dudar. Destacamos, asimismo, la importancia de la imaginación como fuente de conocimiento. En resumidas cuentas, se trata de poner al niño/joven/hombre -o, mejor dicho, de hacer que se ponga él mismo ayudado por nosotros- solo ante el riesgo, pero siguiendo sus pasos, como

hacia Sancho (S) con DQ, dialogando con él en el camino de la aventura, esa hermosa aventura de la enseñanza y el aprendizaje, y ayudándole a tomar una decisión en la encrucijada de esos caminos que llevan a la misma aventura de ser hombre, como «Alonso Quijano el Bueno». Una aventura en la que S ha entrado tan de lleno que, al final, parece tomar el relevo de su amo invirtiendo las funciones con él:

¡Ay! No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desá cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pensar de verse vencido, écheme a mí la culpa diciendo que por haber cinchado yo mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.

(II, 74, p. 1037)

Pensamos que DQ y S alcanzan, juntos definitivamente, la sabiduría, cuyo principio es, indudablemente, el cultivo del deseo, la inquietud, la curiosidad, el asombro: sí, el deseo de conocer lo desconocido, el deseo de adentrarse en un camino cuyo final no se conoce y encauzar el pensamiento hacia ese final, pero sin la ambición exorbitada y egoísta de atesorar riquezas materiales, ya que entonces el final acabará siendo también -de una u otra manera y tarde o temprano- «un mar de espinas». Porque lo que importa es andar el camino con la ilusión de cada día buscando en cada paso la susodicha realización personal («Caminante, no hay camino; / se hace camino al andar», que dijo A. Machado), el camino que a cada uno nos toca hacer y adentrarnos en él con una gran fe en nosotros mismos y una gran imaginación que nos encandile y nos guíe hasta encontrar nuestro destino. Como Don Quijote; y como Sancho, en definitiva. Y como el muchacho del cuento, Martín.

Pensamos también -y estamos seguros de ello- que la base de la educación, compañera de la sabiduría, se asienta asimismo en esos principios y se consolida al fomentar aquella capacidad de observación; pues el que observa es el que detiene su mirada y contempla el espectáculo del mundo; el que se asombra, pregunta, indaga y es capaz de imaginar. Todas estas características conforman la complejidad del personaje creado por Cervantes. De repente Alonso Quijano, empapado de todas aquellas lecturas de libros y libros de caballerías, vino a «perder el juicio», despertándose en él el deseo de cambiar la vida tediosa que llevaba en su aldea. Entonces, lleno su espíritu y su corazón de todas aquellas fantasías caballerescas, decide cambiar su destino: su vida se vuelve dinámica y comienza la acción, la aventura. Y en esa aventura le va a acompañar también, siempre, su fiel escudero Sancho.

En efecto, DQ a lo largo de toda su vida, y ya desde que sale de su aldea, desde su propia existencia como Don Quijote, va en busca de su destino sin importarle a donde le lleve el camino²; y siempre con la ilusión de poner en práctica los anhelos que han ido modelando su espíritu a través de la lectura de aquellos libros -cuyas aventuras creía reales y realizables-, y guiado siempre también por el ideal de defender a los desvalidos y de imponer la justicia en el mundo. Así le dice, con una mirada retrospectiva y llena de inmensa satisfacción y sano orgullo, al Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda:

Soy caballero destos que dicen las gentes que a sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que, tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo; treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares.

(II, 16, p. 236)

«A sus aventuras van». Su caminar por la vida es una constante aventura. DQ sabe muy bien lo que quiere, tiene una absoluta seguridad en sí mismo y una fe inquebrantable en sus actos. Tanta es la seguridad que tiene en su persona y en sus actos que -profeta de sí mismo- da por seguro que todo el mundo le conocerá. Esa seguridad aparece ya en el capítulo dos de la primera parte, donde afirma, «hablando consigo mismo»:

¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga a la luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue a contar esta mi primera salida, tan de mañana, desta manera?: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos (...), cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel.»

(I, 1, pp. 70-71)

El protagonista del cuento de Rodari se encuentra con muchos obstáculos en su camino y -como niño que es- a punto está de abandonar cuando recibe una inestimable ayuda («vio un perro») que le empujó a seguir: «Donde hay un perro hay una casa o, por lo menos, un hombre», dice. El muchacho reaviva

su caminar y, guiado por el perro, sigue hasta el final, donde ve cumplida su ilusión y encuentra la recompensa a su aventura.

Don Quijote, a pesar de «tantos palos» recibidos por los mercaderes toledanos, que le dejaron «molido como cibera» ya en la primera «desventurada aventura» (como dice S de la de los Galeotes), DQ -repetimos- mantiene intacto su espíritu y afirma solemnemente, ante el labrador de su pueblo que le dice que es «el señor Quijana»:

Yo sé quién soy, y sé que puedo ser no solo los que he dicho sino todos los Pares de Francia.

(I, 5, p. 122)

II

A partir de este autoconocimiento solemne, DQ, que se crea a sí mismo, se afirma también a sí mismo como el hombre que es, símbolo y representante, por tanto, de todo lo que ser hombre lleva consigo. Y así creo que podemos aplicar a DQ el célebre principio de Terencio *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*.

Tras ser armado caballero, DQ sale al mundo que le rodea con el espíritu transido de gozo por el mundo quimérico de la caballería andante que va a iluminar sus caminos:

La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo.

(I, 4, p. 99)

Esta inmensa y gozosa alegría que manifiesta DQ, nada más salir de la venta armado caballero, se mantiene viva a lo largo de la obra -a pesar de algunos breves altibajos- pero se manifiesta especialmente en ocasiones clave, como, por ejemplo, después de vencer al Caballero del Bosque³. Así, sin miedo, sin cortapisas de ninguna clase, con toda su ilusión a cuestas por descubrir lo que se va a encontrar en su camino, DQ se lanza a la aventura, seguro de sí mismo -como hemos dicho más arriba-, y con una absoluta seguridad también en la rectitud de sus actos, dueño de sus pensamientos y de sus inmovibles principios. Sabe que tiene que enfrentarse a ese mundo apacible de los que nada emprenden⁴. Y nunca adoptará una actitud pasiva, sino que, según dijimos, será siempre dinámica y activa. Así, siguiendo a Aristóteles, dice Fernando Savater:

La acción no es fabricación de objetos o de instrumentos sino creadora de humanidad. La praxis es autopiética: la principal

industria del hombre es inventarse y darse forma a sí mismo (...). Actuar requiere sin duda conocimiento e imaginación (...); pero consiste principalmente en decisión acerca de lo que va a hacerse.

(Savater, 2003, pp. 26, 35)

Ha nacido para él un mundo nuevo que tiene que descubrir -como el niño de Rodari, como todos los niños del mundo a quienes se les deje actuar con la libertad con que actúa DQ-. Esa aventura es permanente y no únicamente exterior, sino que es vivida esencialmente en su interior; sale de sí mismo a través de la imaginación creadora. Con ella consigue ennoblecer la realidad, creando así una realidad mágica⁵, «convertir lo doméstico en épico». Así, León Felipe, después de decirnos que «antes denuncia nuestras miserias el poeta que el moralista», añade:

La primera aventura de Don Quijote no es la de Puerto Lápice ni la de los molinos como quieren algunos. La primera aventura surge cuando el poeta se encuentra con la realidad sórdida del mundo, después de salir de su casa, llevando en la mano la Justicia. Cuando llega a la venta. No es verdad que nada épico sucediese allí. Allí comienza la hazaña primera y única que se ha de repetir a través de todo el peregrinaje del poeta. Porque no hay más que una hazaña en toda la crónica: el trastrueque, el traspaso de un mundo a otro mundo; de un mundo ruin a un mundo noble. Aparentemente no es más que una hazaña poética, una metáfora. Pero es una hazaña revolucionaria también, porque ¿qué es una revolución más que una metáfora social?

(Felipe, 1963, pp. 229-230)

Y ahí, en la venta, efectivamente, DQ no ve, no quiere ver, lo que realmente hay (un albergue sucio e incómodo, un hombre -el dueño- grosero y ladrón, unas prostitutas descaradas, un pito estridente de un capador de puercos, una comida escasa y rancia, es decir, el mundo real que le rodeaba). DQ transforma la realidad, y en esto se comporta como un niño, según dice Harald Weinrich:

Por el cuento, el niño se entera de que existe otro mundo distinto del que le rodea inmediatamente, en el que hay que comer, dormir, jugar y obedecer. En el cuento aprende el niño a participar en un mundo que no es el suyo... Como en el caso del guiñol, el niño toma el mundo relatado primeramente por el mundo comentado y procura intervenir en él. Don Quijote, al obrar de la misma forma, se comporta precisamente como un niño.

(Weinrich, 1968, p. 85)

La realidad es demasiado sórdida y el hombre necesita, de vez en cuando, levantar los pies de la tierra para buscar un camino, aunque menos seguro, más sugerente y atractivo, más poético, más lleno de ilusión y de ventura, donde la ficción y la realidad se den cita para conseguir que sea posible llevar a cabo la misión que nos proponemos. DQ lo sabe muy bien. Y el caballero se niega a admitir -no puede admitir- ese mundo. De ahí que a continuación afirme también León Felipe:

Y dice en seguida [DQ]: Pero esto no puede ser el mundo; esto no es la realidad, esto es un sueño malo, una pesadilla terrible..., esto es un encantamiento. Mis enemigos, los malos encantadores que me persiguen, me lo han cambiado todo. Entonces su genio poético despierta, la realidad de su imaginación tiene más fuerza y puede más que la realidad transitoria de los malos encantadores, y sus ojos y su conciencia ven y organizan el mundo no como es sino como debe ser.

(Felipe, 1963, p. 230)

Por ello su actitud será siempre crítica hacia esa «realidad transitoria» que nombra el poeta cuando comprueba -como acabamos de decir- la sordidez del mundo que contempla a su alrededor. Así, Cervantes critica la mala literatura, la que solo divierte para distraer la atención de los hechos graves pero no educa, la que no plantea los problemas que la vida presenta cada día, la que no se preocupa de la formación humana y de cultivar la sensibilidad del hombre, la que no obliga a pensar. Critica asimismo a los malos gobernantes que permiten que se representen las malas comedias, aquellas que se hacen para que el pueblo se olvide de la trágica realidad, se aísle de los problemas y se distraiga produciendo en la gente una risa hueca, vacía e inconsistente; a los jueces que se venden y se guían «por la ley del encaje»; a todos aquellos cuya mirada miope se detiene en lo concreto de su pequeño mundo doméstico, como aquel clérigo que se sentaba a la mesa de los duques y que pertenece a esa clase de los que «quieren que la grandeza de los grandes de espíritu se mida con la estrechez de sus ánimos». (II, 32, p. 460)

Asimismo, bajo su mirada crítica aparecen los nobles que bostezan acomodados en el pedestal del poder y del dinero, y que desprecian a todo el que no es de su clase ni de sangre que llaman «noble». Por eso defenderá la dignidad del ser humano y la nobleza ganada por su valía personal y no por su sangre y su nacimiento, recurriendo con frecuencia a la sabiduría popular: «Cada uno es hijo de sus obras» (I, 4, p. 104); «Sábetete, Sancho, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro» (I, 18, p. 360)⁶; «Ruín sea quien por ruín se tiene» (I, 21, p. 426)⁷. Por eso entre los consejos que da a Sancho, para el buen gobierno de su ínsula, aparece este:

«Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio (...). Mira, Sancho, si tomas por

medio a la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que los tienen príncipes y señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale».

(II, 42, pp. 583-584).

Cervantes conoce muy bien el valor de la crítica, y la usa con la más refinada ironía y siempre con una enorme dosis de respeto por las personas, pero sin concesiones a la estupidez, el fanatismo, la hipocresía, la necedad, o la soberbia que nace de la ignorancia y que pretende convertir la mentira en verdad. Como dice Martín-Santos:

Cervantes, Cervantes... ¿Puede realmente haber existido en semejante pueblo, en tal ciudad como esta, en tales calles insignificantes y vulgares un hombre que tuviera esa visión de lo humano, esa creencia en la libertad, esa melancolía desengañada tan lejana de todo heroísmo como de toda exageración, de todo fanatismo como de toda certeza?

(Martín-Santos, 1979, p. 62).

III

Todos sus actos, sus aventuras, pero sobre todo sus palabras irán encaminadas a convencer de sus razones, así como a su autoeducación y a enseñar a los demás -pero también a aprender de ellos-, sobre todo a Sancho, con quien llega a identificarse tanto que logra que el mismo Sancho se convierta en su yo complementario⁸; y todo ello sucederá fundamentalmente a través del diálogo, que es constante, como es bien sabido, en El Quijote, especialmente -claro está- entre los dos protagonistas. Así lo reconoce el mismísimo DQ cuando le dice a S, después de salir de la escena de los Batanes:

Y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo: que en cuantos libros de caballerías he leído, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo.

(I, 20, p. 401).

El diálogo tiene tal importancia que, sin él, no existiría El Quijote,

como todos sabemos. Antonio Machado, después de decirnos que el diálogo en Shakespeare «es un diálogo entre solitarios, hombres que, a fin de cuentas, cada uno ha de bastarse a sí mismo», añade:

Cuando llegamos a Cervantes, quiero decir al Quijote, el diálogo cambia totalmente de clima. Es casi seguro que Don Quijote y Sancho no hacen cosa más importante -aun para ellos mismos-, a fin de cuentas, que conversar el uno con el otro. Nada hay más seguro para Don Quijote que el alma ingenua, curiosa e insaciable, de su escudero. Pero aquí ya no se persiguen razones a través de la selva psíquica, ya no interesa tanto la homogeneidad de la lógica como la heterogeneidad de las conciencias. Entendámonos: la razón no huelga: es como cañamazo sobre el cual bordan con hilos desiguales el caballero y el criado. No olvidemos, sin embargo, que uno de los dialogantes está loco, sin renunciar en lo más mínimo a tener razón, a imponer y -digámoslo en loor de nuestro Cervantes- a persuadir de su total concepción del mundo y de la vida, y que el otro padece tanta cordura como desconfianza de sus razones. Y aquí nos aparece el diálogo entre dos mónadas autosuficientes y, no obstante, afanosas de complementariedad, en cierto sentido, creadoras y tan afirmadoras de su propio ser como inclinadas a una inasequible alteridad. Entre Don Quijote y Sancho la razón del diálogo alcanza tan grande profundidad ontológica, que solo a la luz de la metafísica de mi maestro Abel Martín puede explicarse.

(Machado, 1964, p. 570).

Este diálogo entre DQ y S se desarrolla -como decimos- a lo largo de toda la obra, pero es en las aventuras -antes y, sobre todo, después de ellas- cuando adquiere mayor viveza y cuando DQ trata de convencer a S de lo acertado de sus decisiones, de sus actos⁹. Asimismo, con ocasión del encuentro con los diferentes personajes es cuando DQ trata también de convencer, con un razonamiento impecable, «de su total concepción del mundo y de la vida» -según dice el texto machadiano-, y, por tanto, de cuán necesario sea defender la verdad y la justicia, bases de la dignidad del ser humano. Así, se va destacando en este proceso a través del diálogo lo importante que para eso es la enseñanza, la educación.

El diálogo entre amo y escudero es de tal intensidad que realiza el «milagro» de que S participe de la misma «locura» de su amo y se abran para ambos las ventanas de todos los horizontes. Este diálogo es -como dice asimismo Alberto Sánchez (1989)- lo más enjundioso de todo el libro; es un diálogo fresco, animado, vivo: lo más vivo del libro. Don Quijote, la voluntad proyectiva, actúa sobre la voluntad receptiva de Sancho. Y Sancho -que no sabe leer ni escribir, como él mismo lo reconoce en varias ocasiones- se va elevando a lo largo del libro en un proceso de formación gradual, y lento pero siempre firme.

Como hemos dicho, también DQ se autoeduca a través de la influencia de S, y del diálogo que con él mantiene, pues de todos es sabido que el buen profesor aprende también y se va formando a través de las preguntas de sus

alumnos, que le hacen reflexionar. Podemos decir que El Quijote es de principio a fin «pedagogía en acción, con un protagonismo esencialmente dual, pues hay en todo él un proceso de enseñanza, de educación, con altibajos pero sobre todo con grandes logros» (Sánchez, 1989). El texto de Machado lo resume todo.

Aparte de las continuas correcciones de lo que Amado Alonso llamó «prevaricaciones lingüísticas» de Sancho, o las llamadas a la moderación cuando argumenta sus razones con una serie interminable de refranes, DQ pretende educarle sacando de él, gracias a la naturaleza bondadosa de S, lo mejor de sí mismo¹⁰; y aparte también del diálogo -casi monólogo- de los capítulos 42 y 43 de la segunda parte donde DQ se expraya en dar consejos a S, unos relativos al espíritu y otros al cuidado del cuerpo, el capítulo que consideramos más importante en lo relativo a la enseñanza y al fin que se busca es el 16 de la segunda parte.

Efectivamente, en ese capítulo, ha concentrado Cervantes las ideas básicas y, a la vez, imprescindibles de la educación del ser humano¹¹. Ahí aparece también el contraste entre dos tipos de educación: La que ha recibido -y quiere transmitir a su hijo- don Diego de Miranda, que «lleva una vida desahogada, apacible, placentera, agasajada, al amparo de los suyos y satisfecho con sus riquezas», y la que representa y lleva a cabo DQ, que -con la única, y valiosa, compañía de S- sale en busca de su realización personal abandonando, como ya sabemos, su vida acomodada. Pero el horizonte del Caballero del Verde Gabán es demasiado limitado, y en él no cabe la aventura ni el riesgo, ni por tanto la imaginación y el pensamiento libre. Su vida acomodada no le permite ver más allá de su propio horizonte y no está preparado para dar solución al problema que tiene con su hijo, quien, en contra de la voluntad de su padre, quiere estudiar lo que a él le apetece: poesía; pues solo así y a través de ella desarrollará libremente su personalidad. Cervantes insiste en destacar, reiteradamente, lo mucho que este personaje se empeña en imponer su propia voluntad al hijo¹².

Cervantes nos presenta a su héroe en una de las intervenciones más dignas, más profundamente humanas de toda la obra: DQ aparece ante nosotros -como es habitual en él, pero ahora más que nunca-, lo repetimos de nuevo, seguro de sí mismo, dueño de su pensamiento; y, con una infinita dignidad y cordura, en un diálogo lleno de majestuosa sencillez, expone al Caballero -que parece pagado de sí mismo- su pensamiento acerca de la educación de los hijos. El mundo de DQ está más en consonancia con el espíritu inquieto del hijo del Caballero del Verde Gabán que con la vida anodina de este. Preguntarse por las cosas, por el hombre; asombrarse, buscar, aventurarse para descubrir lo desconocido¹³, inquietar, obligar a pensar..., todo eso ha sido, como ya sabemos, la norma de DQ desde que salió de su aldea; y aquí DQ, que no tiene hijos, puede dar lecciones a este «virtuoso» Caballero: los padres tienen que respetar el camino que elijan los hijos, y más si el hijo quiere seguir el camino de la poesía, que es la reina de las ciencias, ante la que hay que sentir un gran respeto.

Luego DQ le recuerda que los hijos, que «son pedazos de las entrañas de sus padres», ante todo se han de querer, «o buenos o malos que sean», como «almas que nos dan la vida» (II, 16, 241). A continuación le da una serie

de consejos que son todo un catálogo de orientaciones, válidas no solo para los más modernos y valiosos sistemas de enseñanza, sino para todos los tiempos: Son éstos consejos que conservarán siempre una palpitante actualidad.

Ya sabemos que el chico lo que quiere es estudiar poesía, por eso DQ aprovecha el momento para hacer un precioso elogio precisamente de la poesía, que, aunque «es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonorar a quien la posee» (II, 16, p. 242). Y no se conforma con dar por hecho que es una ciencia, sino que añade:

La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas y todas se han de autorizar con ella.

(II, 16, p. 242)

Es decir, que la poesía no solamente es una ciencia, sino que «todas las otras ciencias» han de estar a su servicio y, a la vez, ha de aprovecharse de ellas e incluso «autorizarlas». Después, y siguiendo con la muy acertada imagen de la «doncella»¹⁴, añade estas palabras, que deberían tener en cuenta algunos de los políticos actuales¹⁵, y los malos poetas de todos los tiempos:

Pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios.

(II, 16, pp. 242-243)

Cervantes, por boca de DQ, ahonda todavía más en la concepción de «poesía» como algo de supremo valor y que es imprescindible que quien quiera acercarse a ella lo haga como quien se acerca a un delicadísimo tesoro de «inestimable precio»:

Ella es hecha de una alquimia de tal virtud que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener, el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos.

(II, 16, p. 243)

Luego de decirnos que la poesía «no ha de ser vendible en ninguna manera» y que «no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo», hace esta aclaración, digna de permanente recuerdo:

Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente

plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.

(II, 16, p. 243)

Escuchamos, pues, puesta en boca de DQ, una de las frases más luminosas y comprometidas de Cervantes que podemos encontrar en toda la novela: «yo llamo aquí vulgo a todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe». Y la poesía no debe ser manoseada por el vulgo. No es algo corriente¹⁶:

Cervantes ha dado aquí el toque de novedad moderna introduciendo en ese «vulgo» a los ricos ignorantes, a la mediocridad carente de instrucción, haciendo caso omiso de la nobleza de sangre o de los privilegios económicos. Tanto vales, cuanto sabes: transformación idealista del «tanto tienes, tanto vales».

(Sánchez, 1961, p. 195).

Nosotros hemos pensado siempre que la poesía está en el fondo de todas las cosas y de una manera especial en el del ser humano, y toda enseñanza debe comenzar con ella, y ella debe ser el principio que guíe la formación del hombre: Ante todo porque el niño es esencialmente una criatura de enorme sensibilidad, lleno de vida, de ilusión, que vive en un mundo mágico cuyo secreto ansía conocer. Y, luego, porque el mundo que nos rodea necesita ser conocido a través de las entrañas de la infancia que todo hombre lleva en el fondo de sí mismo y que, desgraciadamente, olvida con tanta frecuencia y transforma en un mundo degradado y odioso, convirtiendo, así, lo que es vida y libertad en la más negra esclavitud y muerte. Y solo en un acto de «locura» como la que transformó a DQ -y a S- se puede intentar recuperar aquel mundo mágico.

Una vez más, en aquel horizonte manchego, es posible la aventura cuando la mente no se ve limitada por lo concreto, por el mundo doméstico que todo lo alinea; y DQ, por primera vez en esta segunda parte, demostrará el valor que le llevó a la aventura en la primera parte de la novela, volviéndose a enfrentar con ese poder establecido que tanto alabaron otros. Ante su mirada aparece «un carro lleno de banderas reales». DQ vuelve al mundo de la «locura», pero una locura fraguada en el ánimo y el esfuerzo. Y vuelve, después de haber dado a don Diego de Miranda y a todos los «diegos» del mundo la más maravillosa y acertada lección que se puede dar sobre la educación de los hijos, de la humanidad, y sobre la libertad humana. Lección que conserva y conservará todo su valor a través de los tiempos. Como dice Martín Santos,

En ese «hacer loco» a su héroe va embozada la última palabra del autor. La imposibilidad de realizar la bondad sobre la tierra no es sino la imposibilidad con que tropieza un pobre loco para realizarla. Lo que Cervantes está gritando a voces es que su loco no estaba realmente loco, sino que hacía lo que hacía para poder reírse

del cura y del barbero, ya que, si se hubiera reído de ellos sin haberse mostrado previamente loco, no se lo habrían tolerado y hubieran tomado sus medidas montando, por ejemplo, su pequeña inquisición local, su pequeño potro de tormento y su pequeña obra caritativa para el socorro de los pobres de la parroquia.

(Martín Santos, 1979, p. 63).

Es decir, Cervantes nos está indicando que no debemos aceptar las instituciones que impiden el desarrollo de la personalidad individual y coartan su libertad -personalidad y libertad que son bases de toda enseñanza-. Y como Cervantes-Don Quijote no se conforma con ese mundo degradado que observa a su alrededor -según dejamos ya dicho más arriba- tendrá que inventar un escenario más digno, humano y noble, y más justo, donde el hombre, por encima de todo, pueda efectivamente ser libre tal y como le pertenece por derecho natural. Así lo proclama Cervantes y lo sostiene a lo largo de la novela, y de toda su obra, y DQ lo destaca especialmente en dos ocasiones, en el capítulo de los galeotes y después de abandonar la mansión de los Duques al verse «en la campaña rasa y libre». Así dice: «Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y Naturaleza hizo libres» (I, 22, p. 446), «No es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello» (I, 22, p. 447), «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad se puede y debe aventurar la vida» (II, 58, p. 797).

Un hecho que conviene destacar en lo que a la estructura del diálogo -y en general a la de El Quijote- se refiere es la falta de prisa con que transcurre y la serenidad que produce. Se saborea el tiempo, sobre todo el tiempo de la conversación, pausadamente, serenamente. Ello contribuye al goce que nos produce su lectura: ese tiempo amoroso que comparten esas dos almas gemelas y que con tanta frecuencia nos presentan dos visiones diferentes pero complementarias de la misma realidad, y que tan fecundo resulta para la enseñanza, para el desarrollo de su formación. Debemos enseñar a gozar de una lectura lenta, reposada, meditada, para ir interiorizando sensaciones, vivencias. Como dice Roland Barthes:

No devorar, no tragar, sino masticar; para leer a los autores de hoy es necesario reencontrar el ocio de las antiguas lecturas: ser lectores aristocráticos.

(Barthes, 1991, p. 23)

De ese modo, lenta pero firmemente, va calando en Sancho la palabra de su amo; como se ve, por ejemplo, cuando sale en defensa de la dignidad del mismo -y de la suya propia- cuando lo llevan enjaulado de regreso a su casa tras las aventuras vividas en la primera parte. Cervantes ha conseguido que Sancho sea ya «uno» con su señor. Sancho sabe bien que a su señor lo llevan enjaulado contra su voluntad; así les dice: «Ahora, señores, quíeranme bien o quíeranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así va encantado mi señor don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen» (I, 47, p. 903). Y luego, dirigiéndose al cura:

¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensaba vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco, por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud.

(I, 47, p. 903)

Después, el barbero le dice, engreído y displicente, a Sancho: «En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseáis» (I, 49, p. 904). Pero el buen escudero Sancho, defendiendo su personalidad, y, como ofendido en su propia dignidad por las palabras del barbero, con sano orgullo y muy satisfecho de haber acompañado y servido a su señor, le replica, con el respeto que merece toda persona, sí -y hasta con cierta ironía y superioridad como quien sabe más que él-, pero con toda la fuerza de quien está seguro de sí mismo:

Yo no estoy preñado de nadie, ni soy hombre que me dejaría empreñar, del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada a nadie; y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras; y debajo de ser hombre puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula (...). Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y a mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí porque es peor meneallo.

(I, 47, pp. 904-905)

La fuerza de la palabra es tal, y tanta la fe inquebrantable del escudero en la de su amo, que en muchas ocasiones S («colgado de sus palabras») acaba creyendo -o por lo menos dudando- en lo que DQ dice. Así en la aventura de los rebaños:

Y la polvareda que había visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que, por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahínco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino a creer.

(I, 18, p. 345)

En la aventura del Caballero del Bosque, tras la victoria de DQ éste trata de convencer a S y llevarlo al mundo de su fantasía. De modo que el escudero -que en el capítulo X se había inventado el encantamiento de Dulcinea- acaba dudando de que el caballero al que realmente ha vencido DQ sea en efecto Sansón Carrasco; y así le dice a su señor:

Soy de parecer, señor mío, que, por sí o por no, vuesa merced hínque y meta la espada por la boca a este que parece el bachiller Sansón Carrasco; quizá matará en él a alguno de sus enemigos los encantadores.

(II, 14, p. 221)

Y cuando DQ decide enfrentarse a los leones cuando van plácidamente hablando con el Caballero del Verde Gabán, que los ha invitado a su casa, y después de rogarle que intervenga para que DQ no se enfrente a los leones, tiene lugar una de las más acertadas y dignas intervenciones de S en defensa de las acciones de su señor. Así lo vemos en este diálogo y en la intervención posterior:

-Pues ¿tan loco es vuestro amo -respondió el hidalgo-, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

-No es loco -respondió Sancho-, sino atrevido.

-Yo haré que no lo sea -replicó el hidalgo.

(II, 17, p. 253).

Pero, naturalmente y como era de esperar, las intervenciones sucesivas del hidalgo, así como las del propio S, no surtieron efecto alguno. Por eso, cuando DQ les llama para que regresen, S exclama: «Que me maten si mi señor no ha vencido a las fieras bestias, pues nos llama» (II, 17, p. 259). Y el final de la famosa aventura se cierra con estas memorables palabras de DQ, que son toda una proclama contra el miedo y a favor de la búsqueda de lo desconocido, del riesgo, de la aventura:

¿Qué te parece desto, Sancho? -dijo don Quijote-. ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible.

V

Es indudable y evidente que la enseñanza que recibimos de la actuación y la manera de ser de DQ nos induce, nos incita, ante todo, a la defensa de la dignidad del ser humano, y a lograr el desarrollo en libertad de la personalidad de cada individuo. Por ello es necesario ir poniendo al hombre, ya desde niño y según su capacidad, en una encrucijada de caminos y que él con nuestra ayuda -cuando esta sea necesaria-, vaya tomando la iniciativa de elegir el suyo propio. Deberemos infundirle confianza en sí mismo, abrirle horizontes, y hacer que esa alegría de la infancia siga viviendo en el fondo de sus entrañas. Es obligación nuestra, asimismo, oponernos por todos los medios a que en sus jóvenes conciencias aparezca ese sentimiento de culpa que tanto daño ha hecho y sigue haciendo a la humanidad, así como impedir y evitar siempre que el miedo se apodere de él, siguiendo el ejemplo de DQ: ese sentimiento de culpa y ese miedo, que son el cáncer de la enseñanza y el aprendizaje, de la educación, y que tan nefastas consecuencias acarrea a la sociedad, y tan dañino resulta para la vida colectiva y la convivencia; pues, como dice Darío Fo -ese hipnotizador de almas y palabras italiano, premio Nobel de literatura-:

Un pueblo que no tiene sentido del humor termina siendo criminal. Lo primero que se le arranca a un pueblo libre es la alegría de vivir.

Cuando un pueblo se siente con sentimiento de culpa, es más fácil de dominar, no es un hombre libre.

(Fo, 1986)

Tal y como hace nuestro héroe, secundado por su escudero -y como hizo el niño Martín, del cuento de Rodari-, el joven/el hombre debe lanzarse en busca de lo desconocido, y de su propia realización personal. Por eso decimos en nuestro título enseñar para la aventura; ello quiere decir, como ya queda expuesto a lo largo de este trabajo: dudar, elegir, arriesgarse, someter todo lo que se recibe a la criba de la razón humana, pensar por sí mismo, tener su propio criterio y aprender a conocer y defender los valores humanos. Todo esto lleva consigo el ser libres, el poder tener ideas propias y, respetando las ajenas, contrastarlas con ellas, y sacar sus propias conclusiones.

¿Cómo podremos conseguir alcanzar esta meta? Pensamos que únicamente si se enseña, se educa y se aprende en un ambiente de amplitud de miras, abierto, respetuoso y tolerante, libre; y si, al mismo tiempo, se frecuenta la lectura, mejor cuanto más variada sea, una lectura que

siembre en su alma -tal y como nos dice Emilio Lledó- «la entreabierta semilla de un lenguaje para la reflexión, y que haga, como dice el poeta, el alma navegable».

Sí. «El alma navegable» platónica solo puede darse a través de la literatura. Ese inacabable panorama de millones de naves, construidas por los poetas a lo largo de los siglos -como decimos en otro lugar-17, constituyen la única manera de recorrer todos los mundos y abrir nuestra mente, la de los jóvenes sobre todo, enriqueciéndola con multitud de visiones que amplíen sus horizontes y le abran las puertas de par en par a la reflexión. A través de sus obras los grandes creadores han ido dejando su propia visión del hombre de su época, y del mundo en que han estado inmersos, así como las impresiones que en su espíritu ha dejado su paso por ese mundo.

Para conseguir aquella amplitud de horizontes, y preparar al hombre para ello ya desde niño, debemos «iniciarlo en el infinito placer de leer», como dice Lázaro Carreter (1991). Ese placer que hizo que DQ «pasara las noches de claro en claro, y los días de turbio en turbio» (I, 1, p. 57). Cervantes lo conocía muy bien y, seguramente mientras escribía su obra inmortal, disfrutaba tanto escribiéndola como pensando en lo que habían de gozar sus contemporáneos y las generaciones futuras, porque tenía clara conciencia, y lúcida, del valor de su obra. Tenía conciencia de que aquella modélica pareja de almas gemelas -«ingenua, curiosa e insaciable»-, en su deambular por el mundo y en su relación con todas las clases sociales, había de hacer reír, y pensar, y llorar, a los hombres de todas las edades y de todos los tiempos. Sí, de todas las edades, porque El Quijote es obra que se puede leer en cualquier etapa de la vida, aunque en cada una de distinta manera. Así se lo dice a DQ el astuto Sansón Carrasco cuando aquel afirma que su historia «tendrá necesidad de comentario para entenderla»¹⁸:

Eso no -respondió Sansón-, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los jóvenes la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran.

(II, 3, p. 68)

De ese modo, en el horizonte manchego de la vida humana se encontrarán, junto a DQ y S, todos aquellos que, eligiendo libremente y seguros de sí mismos aun en medio de la duda el camino de su andadura personal, busquen alcanzar la plenitud como ser humano sobre la tierra.

Referencias bibliográficas

- Alonso, D. (1962), «Sancho-Quijote, Sancho-Sancho», en *Del Siglo de Oro a este siglo de siglas*, Madrid, Gredos, pp. 9-19.
- Barthes, R. (1991), *El placer del texto*, Madrid, Siglo XXI.
- Cervantes, M. de (1987), *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha*, ed. de V. Gaos, Madrid Gredos, 3 vols.
- Felipe, L. (1963), *Ganarás la luz*, 3. «El poeta prometeico», en *Obras completas*, Buenos Aires, Losada.
- Fo, D. (1986), *Entrevista hecha al autor en El País*, publicada el 8 de marzo.
- Lázaro Carreter, F. (1991), «La enseñanza de la literatura», en *Actas de las I jornadas de metodología y didáctica de la lengua y la literatura españolas*, Cáceres, ICE de la Univ. de Extremadura.
- Machado, A. (1964), *Obras. Poesía y prosa*, Buenos Aires, Losada.
- Martín-Santos, L. (1979), *Tiempo de silencio*, Barcelona, Seix Barral.
- Pérez, M. J. (2003), *La palabra necesaria: Magia, maravilla y poder del lenguaje*. Conferencia inaugural del Curso Académico 2003-2004, Madrid, Facultad de Educación-Centro de Formación del Profesorado.
- Pérez-Enciso, M. J. y J. (1999), «Cervantes entre la realidad y la ficción de su propia obra. (Una meditación personal en torno al capítulo III de la Segunda Parte)», en *Didáctica (Lengua y Literatura)*, N.º 11, Madrid, Publ. de Universidad Complutense, pp.111-122.
- Pérez-Enciso, M. J. y J. (2001), «El capítulo XVI de la segunda parte del Quijote. El tema de la educación y su actualidad», en *Volver a Cervantes*. Actas del IVº Congreso Internacional de la AC (Lepanto, 1/8 de octubre de 2000), Palma, Universitat de les Illes Balears, pp. 705-713.
- Rodari, G. (1980), *Cuentos por teléfono*, Barcelona, Juventud, pp. 59-61.
- Rojas, F. de (1958), *La Celestina*, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 2 vols.
- Sánchez, A. (1961), «El Caballero del Verde Gabán», en *Anales cervantinos*, 9, pp. 169-201.
- Sánchez, A. (1989), «Don Quijote, pedagogía en acción», conferencia pronunciada en la Escuela Universitaria Pablo Montesino, en mayo de 1989, con motivo del 150º aniversario de la creación de la primera Escuela de Magisterio.
- Savater, F. (2003), *El valor de elegir*, Barcelona, Ariel.
- Serrano Plaja, A. (1967), *Realismo «mágico» en Cervantes*, Madrid, Gredos.
- Weinrich, H. (1968), *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos.

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

